

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
Semestre....	52
Un año.....	100
En provincias.	
Un mes.....	8 ps. fs.
Trimestre....	
Semestre....	
Un año.....	
En Ultramar y extranjero.....	

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Quinto Sertorio (continuación).—Las ilusiones (poesía).—Una madre (pensamiento de Anderson).—El Buen Caballero (poesía).—Cuentos de la Aldea (continuación).—Adios (soneto).—Revista de teatros.—Revista de modas, y explicación del pliego de dibujos.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

QUINTO SERTORIO.

(Continuación.) (1).

IV.

Diferentes encuentros se habían librado ya entre las dos huestes, en las cuales la suerte acarició casi siempre las banderas de Sertorio.

Pero este general, prudente en demasía, no quiso nunca arriesgarse á una batalla decisiva, conociendo la inmensa superioridad de las tropas de Metelo; y procurando siempre dividir sus fuerzas en pequeñas partidas, molestaba de continuo al cónsul romano.

(1) Véase el número anterior.

En esta situación, uno de los caballeros perseguidos también por Sila, llamado Marco Perpena, llegó de Cerdeña á España con un cuerpo de diez mil hombres y buena copia de caudales, dispuesto á hacer la guerra por su cuenta.

Pero su hueste, compuesta de italianos en la mayor parte, seducida por la fama de Sertorio, se amotinó, y seguida de su jefe, aunque no de muy buen grado, corrió á acogerse á la sombra de la bandera de aquel afortunado guerrero.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, el tirano Cornelio Sila moría en Cumas, y su sucesor, animado en parte de los mismos sentimientos, mandaba á Metelo grandes refuerzos para continuar la guerra.

Aumentada también la hueste sertoriana con la gente de Perpena, muchos españoles empiezan á censurar la conducta de su jefe, que continúa aun sin querer presentar al enemigo batallas decisivas.

Enterado Sertorio de estas censuras, quiso probar á sus impacientes soldados lo saludable y prudente de su conducta, y para ello dió orden á un destacamento de caballería de molestar y caer sobre el enemigo del modo que pudiera.

El destacamento, recibida la orden, se arroja con la impetuosidad del torrente sobre el campo de Metelo; pero cercados por todas partes hubieran perecido todos, si Sertorio no les mandase tropas en su ayuda que protegieran la retirada.

Llegado que hubieron los españoles al campo, el general formó un círculo con todas sus tropas, y mandó traer dos caballos, uno flaco, viejo y en extremo desfallecido, y otro joven, gordo y vigoroso.

Hecho esto, ordenó á un hombre viejo y achacoso que una á una fuese quitando las cerdas de la cola del caballo joven, y al soldado mas fuerte y robusto del ejército le encargó que arrancase de un solo golpe la cola del caballo flaco y desfallecido.

Obedecieron, pues, la orden del general, y mientras el soldado joven se rendia de cansancio sin poder conseguir nada, el viejecillo achacoso y enfermo alcanzó á fuerza de paciencia terminar su obra.

Entonces Sertorio dirigió la palabra á los suyos, y les habló de este modo:

«Ya habeis visto, soldados, cuánto mayor es el poder de la constancia que el de la fuerza.

«La cola de un animal flaco y despreciado, es invencible á un hombre el mas vigoroso y robusto, cuando pretende violento arrancarla á un solo golpe: al mismo tiempo la del mas brioso bruto cede á la continuacion de la mano débil de un anciano que intenta despojarla poco á poco.

«De un modo semejante, si queremos con un ciego furor acometer violentamente á los enemigos pretendiendo acabar con ellos en una sola funcion, se estrellará nuestro atrevimiento, y les daremos motivo de insultar nuestro valor; pero si con pequeños golpes continuados, aprovechando la oportunidad y la ocasion, los vamos poco á poco debilitando, los veremos caer á nuestros pies sin esperanzas de volverse á levantar.

«Enfrenad, soldados, el orgullo; templad esos escosos de ardor, y reservadlo para mejor tiempo.»

Con semejante ejemplo convenció el astuto caudillo á sus soldados, que prorumpieron en espontáneas aclamaciones, y que respetaron de allí en adelante la conducta de su jefe, obedeciendo ciegamente sus instrucciones.

Verdad es que Sertorio, profundo conocedor del

corazon humano y del carácter especial de la gente que componia su ejército, procuró siempre, con ingeniosas invenciones, tenerlos obedientes y confiados.

Una de las mas peregrinas fue la de presentarse siempre seguido de una cierva blanca, tan perfectamente domesticada, que no tan solo no se apartaba nunca de él, sino que, acostumbrada á acariciarle, se acercaba de manera que parecia que le hablaba al oido.

Sertorio habia hecho creer á sus soldados que aquella cierva era un presente de Diana, y que por su conducto la diosa le mandaba sus instrucciones.

Ya veremos, pues, cómo este ingenioso ardid salvó al caudillo de una desgracia cierta.

(Se concluirá.)

JULIAN CASTELLANOS.

LAS ILUSIONES.

Cuando el sañudo invierno destroza con sus nieves las galas hechiceras del bosque y el jardin, y trueca en esqueletos los árboles frondosos que ornaban con su sombra el célico pensil,

Las auras sollozando modulan tristes quejas, y en ayes lastimeros espresan su sentir: y pasan, y se llevan las ya marchitas hojas que ayer acariciaban con loco frenesí.

Las ruinas que amorosa vistió la primavera con las modestas viólas, que pronto ve morir, se quedan ¡ay! desiertas, mostrándole al viajero el nada de este mundo, do todo tiene fin.

El sol se muestra opaco; las nubes blanquecinas le velan codiciosas cual reinas del cenit, haciendo que la tierra, estéril y sombría, invoque allá en su seno las galas del abril.

El mudo cementerio, que el bello mayo supo con jugo de los muertos en flores convertir, cubierto ora de escarcha, nos muestra lo que fuimos con bocas que sonrien eternamente allí.

Las flores son la vida; sin ellas no hay natura: el mundo está desierto, horrible es su confin: las aves ¡ay! no cantan; las tristes auras lloran; se enturbia el arroyuelo; el sol parece huir.

La gloria de este caos, sin duda son las flores; por eso Dios las hizo con un soplo de sí,

y dioles rico aroma, esencia de poesía que aspiran los sentidos en éstasis febril.

Así las ilusiones, brotando con el alma del inocente niño que empieza á sonreír, alegre primavera le ofrecen de ventura que matan ¡ay! las horas de loco frenesí.

Amenas florecillas que nacen en el pecho con el primer aliento de su risueño abril, y envueltas entre lágrimas que secan su ramaje las mira el alma ansiosa marchitas sucumbir.

ROGELIA LEON.

UNA MADRE (1).

Pensamiento de Anderson.

Al lado de la cuna de un niño estaba sentada su madre: bastaba mirarla para leer en su semblante que se hallaba poseída del mas vivo dolor.

El hijo tenía el rostro pálido, los ojos cerrados; respiraba con dificultad, y cada aspiración era profunda como un suspiro.

La madre temblaba viéndole morir, y miraba á aquel pobre ser con una tristeza muda ya como la de la desesperación.

Tres golpes sonaron á la puerta.

—¡Adelante! dijo la madre; y como abrieron y cerraron sin que á pesar de eso oyera ruido de pasos, levantó la cabeza, y miró.

Entonces vió que se acercaba un pobre viejo envuelto en una manta raída, mas vieja aun: menguado abrigo era aquel para un invierno riguroso; en la parte exterior de los cristales, blanqueados y enramados por el hielo, hacia diez grados bajo cero, y el viento Norte cortaba la cara.

El viejo estaba descalzo; por eso sin duda no se oían sus pasos sobre el pavimento; temblaba de frío, y, desde que habia entrado, el niño parecia dormir mas profundamente que nunca; la madre se levantó para reanimar el fuego de la chimenea; el viejo se sentó en el sitio que esta dejaba vacío, y se puso á mecer la cuna, entonando una canción mortalmente triste, en un idioma desconocido.

(1) Pertenece al *Tesoro de cuentos* que va á publicar el editor Sr. San Martín.

—Le conservaré, ¿no es verdad? preguntó la madre dirigiéndose á su sombrío huésped.

Este hizo con la cabeza un movimiento que no queria decir ni *sí* ni *no*, y se sonrió de una manera extraña.

La madre bajó los ojos; gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; hacia tres días y tres noches que no habia comido ni dormido; sintió un gran peso en la frente; se adormeció á pesar suyo, pero pronto despertó llena de sobresalto y completamente helada.

El viejo habia desaparecido.

—¿Dónde está el viejo! exclamó levantándose y corriendo hacia la cuna.

La cuna estaba vacía; el viejo se habia llevado al niño.

En este momento, el antiguo reloj, colgado en un rincón del dormitorio, pareció descomponerse súbitamente; la pesa de plomo descendió hasta tocar en el suelo, y la máquina detuvo su movimiento.

La madre se precipitó fuera de la casa, gritando: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Quién ha visto á mi hijo!»

Una mujer colosal vestida con un largo traje negro, que estaba en la calle frente á la casa con los pies en la nieve, la dijo:

—¡Imprudente! Has dejado que la Muerte entrara en tu casa y meciera á tu hijo; te has dormido mientras estaba á su lado, y no esperaba mas que una cosa: que cerraras los ojos para coger al niño. Yo la he visto huir rápidamente llevándole entre sus brazos. Iba ligera como el viento, y lo que la Muerte lleva, pobre madre, no lo vuelve jamás.

—¿Qué camino ha tomado? Sépalo yo, y la seguiré, y daré con ella, y la arrancaré á mi hijo.

—Nada es para mí mas fácil que señalarte el camino que sigue; pero ante todo quiero que me cantes todas las canciones que cantabas á tu hijo cuando le mecias. Yo soy la Noche, y he visto correr tus lágrimas cuando las cantabas.

—Yo las cantaré todas, desde la primera á la última, dijo la madre; pero otro día, mas tarde; ahora déjame pasar para que alcance y recobre á mi hijo.

La Noche permaneció muda é inflexible; entonces la pobre madre, retorciéndose los brazos, cantó todas las canciones que habia cantado á su hijo. ¡Muchas fueron las canciones, pero muchas mas fueron toda-

vía las lágrimas! Cuando hubo cantado la última, y su voz se estinguió en el sollozo mas doloroso, la Noche la dijo:

—Vete en derechura á ese sombrío bosque de cipreses; ahí he visto entrar á la Muerte con tu hijo.

La madre corrió hasta llegar al bosque, y siguió corriendo hasta que en medio de él vió que se dividía el camino; detúvose entonces, dudando si debía tomar el ramal de la derecha ó el de la izquierda. En el ángulo que formaba la union de los dos caminos habia un Espino desnudo de flores y de hojas, pero cubierto de nieve, que pendia en copos helados de todas sus ramas.

—¿Has visto pasar por aquí á la Muerte con mi hijo? preguntó la madre al Espino.

—Sí, respondió el arbusto; pero no te diré cuál de estos dos caminos ha tomado mientras no me calientes en tu seno, porque, ya lo ves, estoy convertido en un témpano de hielo.

La madre, sin vacilar un instante, se puso de rodillas, y estrechó el Espino sobre su seno, á fin de conseguir que la indicase el camino; las espinas se la clavaron en el pecho, del cual brotaban gruesas gotas de sangre. Pero, á medida que el seno se destrozaba y corría la sangre, retoñaba el arbusto, brotando de él bellas hojas verdes y lindas flores rosadas: ¡tanto calor hay en el corazon de una madre!

El Espino la indicó entonces el camino que debía seguir.

Tomole á la carrera, y llegó así á la orilla de un lago, sobre el cual no se veían bote ni barca de ninguna especie; el Lago, que era muy grande, estaba muy helado para intentar atravesarle nadando; no lo bastante para poderle pasar á pie. Era preciso, sin embargo, por imposible que pareciese á primera vista, que la afligida madre fuera á la opuesta orilla. Entonces cayó de rodillas, esperando que la Providencia le proporcionase el medio.

—No esperes lo imposible, la dijo el Lago levantando la cabeza sobre el centro de la superficie del agua; mas te vale entenderte conmigo. Á mí me gustan mucho las perlas, y tus ojos son los mas hermosos que he visto: ¿podrias llorar sobre mis aguas hasta que se caigan tus ojos? Entonces las lágrimas se convertirán en perlas y los ojos en brillantes; des-

pues yo te trasportaré á la otra orilla, á la gran estufa templada, donde mora la Muerte, y en la cual cultiva los árboles, las plantas y las flores, cada una de las cuales representa una vida humana.

—¡Oh! contestó la desconsolada madre; yo te daré lo que me pidas para llegar donde esté mi hijo.

Y lloró, lloró tanto, que, no teniendo ya mas lágrimas, los ojos cayeron tras de ellas convertidos en perlas, y al llegar al agua se convirtieron en brillantes.

Entonces sacó el Lago sus dos brazos de agua, la cogió, y en un instante la trasportó á la otra orilla. Despues la colocó en el punto donde se hallaba situado el palacio de las flores vivientes. Era inmenso, todo de cristal; tenia muchas leguas de largo, estaba dulcemente templado, en invierno por estufas invisibles, en el estio por los rayos del sol. La pobre madre no podia verle porque ya no tenia ojos; le buscó á tientas hasta que encontró la entrada; en ella tropezó con la portera del palacio.

—¿Qué vienes á buscar aquí? la preguntó.

—¡Ah! ¡una mujer! exclamó la madre: tendré piedad de mí.

Despues, dirigiéndose á la portera, continuó:

—Vengo, dijo, á buscar á la Muerte, que me ha arrebatado á mi hijo.

—¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Quién te ha guiado y te ha dado ayuda?

—La Providencia, que se ha compadecido de mí; tú tambien te compadecerás, y me dirás dónde podré encontrar á mi hijo.

—No le conozco, respondió la vieja, y es una locura pensar que puedas volverle á ver; son muchos los árboles y las plantas que han entrado aquí esta noche; la Muerte vendrá muy pronto para volverlas á plantar, porque ya sabrás que cada criatura humana tiene su árbol ó su flor de vida, segun que cada una esté organizada. La apariencia es la misma que la de los demas vegetales, pero se diferencian de ellos en que tienen corazon, y ese corazon late siempre, porque cuando las criaturas no viven ya sobre la tierra, viven en el cielo, y como los corazones de los niños no laten como los de las personas mayores, tal vez puedas conocer al tacto los latidos del de tu hijo.

—¡Oh! sí, sí, dijo la madre; yo le reconoceré; estoy segura.

—¿Qué edad tenía?

—Un año, sonreía hace ocho meses, y ayer por primera vez me había llamado *mamá*.

—Voy á conducirte á la sala de los niños de un año; pero, ¿qué me das por que te lleve á ella?

—¿Qué me queda que dar? Nada, ya lo ves; pero si quieres que vaya por ti descalza hasta el fin del mundo, iré.

—Nada tengo que hacer en el fin del mundo, respondió secamente la vieja; pero si me das tus largos y hermosos cabellos negros en cambio de mis pelos canchientos, haré lo que desees.

—¿No quieres mas que eso? exclamó la pobre madre; pues tómalos, tómalos en seguida.

Y la dió sus largos y hermosos cabellos, en cambio de los ruines que tenía la vieja.

Entonces entraron en la gran estufa templada de la Muerte, donde las plantas, las flores, los arbustos y los árboles estaban alineados y marcados segun su edad. Habia jacintos bajo campanas de cristal, plantas acuáticas que nadaban en la superficie de los estanques, unas frescas y lozanas, otras enfermas y medio marchitas; habia magníficas palmeras, encinas gigantescas, plátanos y sicomoros inmensos; habia fresos, serpolias, tomillo en flor; cada árbol, cada planta, cada flor, cada tallo de yerba tenía su nombre, y representaba una vida humana: unas de Europa, otras de América; estas de China, aquellas de Groenlandia. Habia grandes árboles en pequeños tiestos, que parecian próximos á estallar, porque eran muy estrechos para tan grandes raices; habia muchas plantas pequeñas en tiestos colosales, cien veces mayores que ellas. Los tiestos demasiado estrechos representaban la vida de los pobres; los demasiado grandes la vida de los ricos.

La pobre madre llegó al fin á la sala de los niños.

—Aquí es, dijo la vieja.

Entonces la madre se puso á escuchar los latidos de los corazones, y á palpar algunos que latian débilmente; habia colocado con tanta frecuencia la mano sobre el pecho del pobre ser que la Muerte acababa de robarla, que hubiera reconocido el latido del corazon de su hijo en medio de un millon de corazones.

—Este es! exclamó estendiendo las dos manos sobre un *cactus* pequeño y enfermizo, que se doblaba hácia un lado.

—No toques esa planta de tu hijo, la dijo la vieja; colócate aquí cerca; de un momento á otro debe llegar la Muerte; cuando venga, no la dejes arrancar la planta; amenázala si insiste diciendo que harás otro tanto con esas otras dos flores; tendrá miedo; porque para arrancar una planta, un árbol, ó una flor, se necesita la órden del cielo, y la Muerte tiene que darle cuenta de todas las vidas.

—¡Dios mio! dijo la madre; ¡qué frio siento!

—Es que entra la Muerte, contestó la vieja; estate ahí, y acuérdate de lo que te he dicho.

La vieja desapareció.

Á medida que se acercaba la Muerte, la madre sentia redoblar el frio; no podia verla, pero adivinó que la tenía delante.

—¿Cómo has podido encontrar el camino que conduce hasta aquí? preguntó la Muerte: ¿cómo has podido llegar antes que yo?

—¡Soy madre! respondió la infeliz mujer.

La Muerte estendió un brazo desnudo hácia el pequeño *cactus*, pero la madre le cubrió con sus manos con tanta fuerza y tanta precaucion, que no lastimó una sola de sus hojas.

Entonces la Muerte sopló sobre las manos de la madre, y esta sintió que aquel soplo era frio como si saliera de una boca de mármol. Sus nervios se debilitaron; sus manos perdieron la fuerza y el tino, y soltaron la planta.

—No puedes luchar contra mí, dijo la Muerte; vuélvete.

—Yo no, pero el cielo puede.

—Nada hago mas que lo que él dispone, replicó la Muerte; su jardinero soy; tomo los árboles y las flores que él plantó sobre la tierra, y los trasplanto al gran jardín del paraíso.

—Vuélveme entonces á mi hijo, dijo la madre, ó arranco mi árbol al mismo tiempo que tú arrancas esa planta.

—Imposible, contestó la Muerte; te quedan todavía mas de treinta años de vida.

—¡Mas de treinta años! exclamó la madre desesperada; y ¿qué quieres tú que haga de esos treinta

años? Dáselos á cualquier madre mas dichosa que yo, como he dado mi sangre al Espino, mis ojos al Lago, mis cabellos á la vieja.

—No, dijo la Muerte, es la órden del cielo, y no tengo medio de cambiarla.

—Pues bien; á los dos entonces. Muerte, si tocas á la planta de mi hijo, sin tronchar mi árbol, arranco todas estas flores.

Y asió á manos llenas dos plantas tiernas.

—No toques á esas flores, exclamó la Muerte. Dices que eres desgraciada, y quieres hacer á otra madre mucho mas desgraciada que tú, porque esas plantas son gemelas.

—¡Cielos! exclamó la pobre madre soltando las dos plantas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se hubiera dicho que la Muerte experimentaba un instante de piedad.

—Mira, dijo la Muerte presentando á la madre dos bellos brillantes: hé aquí tus ojos; los he pescado al pasar por el lago; recóbralos; son mas hermosos que nunca; te los devuelvo; mira con ellos á ese manantial profundo que corre á tu lado. Yo te diré los nombres de esas dos flores que querias arrancar, y verás la vida y el porvenir de las gemelas, sabrás lo que ibas á destruir.

La madre miró al manantial; era magnífica la suerte de felicidad y bienandanza á que estaban destinadas las dos niñas, cuya planta habia querido arrancar. Su vida corria en una atmósfera de constante alegría, al compás de un concierto de bendiciones.

—¡Ah! murmuró la madre tapándose los ojos: he estado á punto de ser muy culpable.

—Mira, dijo la Muerte.

Las dos plantas habian desaparecido; en su lugar vió un *cactus* pequeño, que tomaba la forma de un niño; despues el niño crecia, y llegaba á ser un jóven lleno de ardientes pasiones; en torno suyo, todo eran lágrimas, violencias y dolor; aquella vida acababa por el suicidio.

—¡Dios mio! preguntó la madre: ¿quién es ese desgraciado?

—Era tu hijo, contestó la Muerte.

La pobre mujer lanzó un gemido, y cayó al suelo desvanecida. Despues que recobró los sentidos, levantó los brazos al cielo, y exclamó:

—¡Oh Dios mio! ya que habeis dispuesto de él guardadle; lo que Vos haceis, bien hecho está.

La Muerte entonces estendió un brazo hácia el pequeño *cactus*; pero la madre le detuvo con una mano, y presentándola con la otra los ojos, la dijo:

—Espera, toma mis ojos; que yo no le vea morir.

La pobre madre vivió todavía treinta años, ciega, pero resignada.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

EL BUEN CABALLERO.

BALADA INÉDITA.

Como un mismo sol lo alumbrá,
como nuestro suelo es,
de Portugal, españoles,
hablemos alguna vez.

¡Ay Dios! ¡qué buen caballero,
caballero portugués,
era el que salvó á su patria
dando enojos á su Rey;
el que por cortar un lazo
que el vicio formó tal vez,
la mano puso... y la daga
en una hermosa mujer!

—Andaba el pueblo quejoso
de liviandades del Rey,
que ser á los Reyes tocan
esclavos de su deber,
pues las manchas de los Reyes
al pueblo manchan tambien.

—Una tarde el caballero,
cerca del anochecer,
armado de todas armas
se va al palacio del Rey.

Todo es silencio. Tinieblas
le circundan por doquier,
y á ser menos su bravura,
retrocediera el doncel.

En una estancia adornada
con todo rico jaez,
en blandos juegos de amores
está con su amiga el Rey.

—¡Á qué vienes, caballero,
con esa cara de hiel?

—Vengo, señor, á pedirte

que olvideis á esa mujer.

—¿Desde cuándo los vasallos

piden cuentas á su Rey?

—Desde que los Reyes hacen

lo que no deben hacer.

—De mi amor al pueblo, imbécil,

¿qué puede importarle, qué?

—Desde que tu amor lo mancha,

al pueblo no le está bien.

—¿Qué intentas, traidor, qué intentas?

¿Te atreverás á tu Rey?

—Yo á mi Rey nunca me atrevo...

pero ¡mato á esa mujer!

Y clavándole la daga

con arrebato cruel,

perdió la vida la hermosa,

vida de amor y placer.

Sobre un cadalso afrentoso

pagó su hazaña el doncel;

pero Portugal fue libre

de liviandades del Rey.

VICENTE BARRANTES.

LA ABUELITA,

ó

CUENTOS DE LA ALDEA (1).

ARTURO.

Serian apenas las siete de la siguiente noche, cuando los hijos de D. Rafael rodearon á su abuelita rogándola continuase la interrumpida historia. Deseosa la venerable anciana de inculcar en el tierno ánimo de sus nietos ideas saludables, prosiguió de este modo, despues de haber colocado á cada uno en su sitio:

El orgulloso Arturo se sonrió desdeñosamente al ver al pobre Bartolo, que con la satisfaccion en el alma cruzó á su lado dirigiéndole una mirada, con la cual queria decir: «¿Ves cómo no faltan corazones compasivos? No he necesitado de tu coche para llegar á recoger el último beso de mi madre.»

Pasó este acontecimiento, y ni Arturo ni Bartolo

volvieron á verse en mucho tiempo; aquel, ocupado en sus aristocráticas reuniones, y este, cuidando de sus corderillos y saboreando la paz del alma y la envidiable tranquilidad del que tiene limpia su conciencia.

Llegó una época en que un temporal de lluvias continuo y sostenido hizo que los rios se desbordasen, y particularmente el Tajo, cuyo caudal de aguas es inmenso, tanto, que arrancó los puentes, arrebatando sus ondas las barcas que servian para cruzarle en los diferentes pueblecillos de estas cercanías.

El padre de Arturo, como sabeis, tenia su quinta al otro lado del rio, en la cual habitaba su esposa. Él estaba en Madrid con su hijo, y su posición debia ser muy critica, porque, á consecuencia de motines ocurridos en la corte, habíale delatado como conspirador, y juzgándole un consejo de guerra, estaba próximo á ser pasado por las armas.

Arturo, en aquellos afflictivos momentos, supo que en su posesion del Palancar guardaba su padre unos papeles, con los cuales probaria su inocencia y salvaria su vida; sin hacer caso del mal tiempo, y no teniendo por otra parte momento que perder, se puso en camino inmediatamente, seguido de su ayo. Llegaron á la aldea, buscan la barca para cruzar el rio, pero ¡oh desgracia! habia sido arrebatada por la furiosa y embravecida corriente.

—¡No hay paso! gritaron los pastores.

—¡Oh Dios mio! ¡y mi padre morirá mañana sin que yo le pueda salvar, cuando las pruebas de su inocencia están á cien pasos de aquí!

Pero entre esos cien pasos hay un mar de agua, y es preciso que una persona esponga su vida por salvar la de nuestro padre, dijo el ayo contemplando aterrizado los valles que habia cubierto el rio, llegando á inundar las primeras casas de la aldea.

—¡Si yo supiera nadar! exclamó el jóven con desesperacion. Luego, dirigiéndose á una porcion de jornaleros y pastores que se habian agrupado en torno suyo, les dijo:

—¿Quién de vosotros se atreve á cruzar el rio?

El silencio sucedió á estas palabras, y ninguno se determinó á calmar la angustia del orgulloso Arturo, que siempre los habia despreciado, y entonces reclamaba su auxilio.

(1) Véase el número 58.

—¡No hay ninguno! volvió á gritar: yo le daré oro cuanto quiera para que viva en la abundancia.

—Señorito, se atrevió á decir uno de ellos; si perdemos la vida no podrá el oro devolvérmola.

—¡Oh! ¡y mi padre morirá sin remedio! exclamó Arturo llorando de desesperacion.

Entre tanto el Tajo seguia creciendo, y sus aguas inundaban las dehesas y los sembrados; cada vez se hacia mas imposible el paso. No pudiendo el jóven resistir su angustiosa situacion, prorumpió en sentidas y amargas quejas. Empero ni sus ofertas ni sus lamentaciones decidieron á los aldeanos, que por todo el oro del mundo no se hubieran puesto á perecer entre las furiosas ondas del rio.

Viendo Arturo la inutilidad de sus esfuerzos, quiso apelar al último recurso, conmoviendo su corazon, y les dijo:

—¡Amigos míos! ¡por compasion! por lo que mas ameis en el mundo, salvad la vida de mi padre, y vuestra es toda mi fortuna.

—Ahora nos llama amigos, y siempre nos ha despreciado el orgulloso, dijo uno de ellos.

—Sí; pues aunque nos llamara hermanos, lo que es yo, por mí, no paso.

—Ni yo.

—Ni ninguno, dijeron otros.

Quiso la buena suerte de Arturo que en aquel momento acertase á pasar por allí Bartolo; verle el atribulado jóven y dirigirse á él, fue obra de un instante.

—¡Ah! ¡por favor! exclamó juntando las manos en ademan de súplica; sí, tienes un padre querido; yo te ruego por su amor que salves la vida del mío!

—Padre no tengo, dijo Bartolo, pero sí una madre, á la cual quiero con toda mi alma, y que por cierto no hace mucho tiempo tuve á las puertas de la muerte, y V. me negó el consuelo de llevarme en su coche á recibir su último abrazo.

—¡Eres tú el que se habia dislocado el pie! interrogó el ayo, mirándolo con desaliento.

—Sí, señor, y aunque Vds. no atendieron á mi súplica, no faltó un hombre generoso y compasivo que me llevase en su caballo, y ademas de tan insignificante favor, salvase la vida de mi madre con sus socorros.

—Y ahora te vengarás de aquel rapto de orgullo! exclamó Arturo sollozando. ¡Oh! bien caro le voy á pagar; ¡padre de mi alma! mañana morirás, y yo no puedo salvarte.

—Vamos, señorito, dijo Bartolo enternecido: ¡qué es preciso hacer para salvar su vida?

—Atravesar el rio á nado, y recoger de nuestra quinta unos papeles que justifican su inocencia.

—¡Pues manos á la obra! exclamó Bartolo en un arranque repentino, despojándose de la chaqueta y los zapatos.

—¡Vas á cruzar!

—Sí, señor; por el amor de mi madre, y en memoria del noble bienhechor que salvó su vida.

—¡Bendito sea tu corazon! murmuró Arturo loco de alegría y estrechando la cabeza del pastor contra su pecho.

Una hora después los documentos salvadores estaban en su poder, y en la efusion de su reconocimiento ofreció á Bartolo una suma inmensa.

—Guárdela V., señor, le contestó el infeliz; yo me contento con haber hecho una buena accion.

—Es que yo se la ofrezco á tu madre.

—En ese caso la admito para que la pobrecita concluya sus dias con comodidad.

—Tienes un corazon muy generoso, continuó Arturo, y yo bendigo este momento de prueba, en que he aprendido á conocer que toda criatura, por humilde que sea su condicion, puede sernos útil en alguna cosa.

Doña Tomasa calló al llegar aquí, y todos los niños, que habian guardado hasta entonces el mas austero silencio, exclamaron:

—¿Se ha concluido?

—Sí, hijos míos; nada mas tengo que añadir; el padre de Arturo se salvó, y Bartolo, gracias á su buen corazon, vive hoy muy independiente, con ganado y labranza propios.

—Y bien lo mereció, dijo Federico; esponer su vida de aquella manera, fue atrevimiento.

—¿No lo hubieras hecho tú? dijo César.

—¡Qué sé yo! En igualdad de circunstancias puede ser que sí, porque al fin Arturo estaba arrepentido de su orgullo, y conoció que tambien los pobres tienen su valor en determinadas ocasiones.

—Le tienen siempre, hijo mío, contestó doña Tomasa; cada cual vale en su esfera, y ocupa en la tierra el sitio que le ha destinado el Criador.

—Las nueve acaban de dar, exclamó doña Carmen, recordando á los niños su costumbre.

—Entonces, buenas noches, abuelita, dijeron todos besando respetuosamente su mano.

—¿Nos contará V. otro mañana? preguntó la mayor de las niñas.

—Sí, querida mía; ya tengo preparado uno que llevará por título *La Modestia y la Vanidad*.

—¡Bien, bien! gritaron los ocho niños alborozados, y batiendo palmas con inusitada alegría.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

¡ADIOS!

(SONETO DE CAMOENS.)

Blandas aguas del Tajo, que regando
estos campos con límpidos raudales,
vais árboles, y flores, y animales,
y pastores y ninfas alegrando:

Yo no sé, blandas aguas, no sé cuándo
volveré á veros; siento penas tales
al partir, que siniestras y fatales
me hacen ir, de volver desconfiando.

¡Ay! ¡Ordenó el destino, deseoso
de convertir en lloros mis sonrisas,
esta partida que me cuesta tanto!

Muy lejos de vosotras, pesaroso,
llenaré de suspiros otras brisas,
y turbaré otras aguas con mi llanto.

Traducción de

T. LLORENTE Y R. FERRER Y BIGNÉ.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

EL AMOR DE LOS AMORES, comedia en tres actos y en prosa, arreglada del francés.—DOBLE EMBOSCADA, comedia en tres actos y en verso, original de D. Emilio Mozo de Rosales.

Si el teatro es meramente un espectáculo, como decía el célebre Larra, ó si es una escuela de costumbres susceptible de desenvolver los grandes principios y de formular las mejores enseñanzas, como han

afirmado y afirman la mayor parte de los críticos antiguos y modernos, cuestiones son que no pretenden resolver en la presente *Revista*, aunque, y dicho sea de paso, nuestra opinion en esta materia es ecléctica, si bien concede á los segundos mayor dosis de razon que al primero.

Los preceptistas, sacerdotes misteriosos del arte, cuya viril energía sirve de custodia y salvaguardia á su fuego sagrado, han proclamado como principio inmutable que la verosimilitud es una necesidad de primer orden en todas las obras del ingenio, y que esta será tanto mas perfecta, cuanto mas se aproxime á la naturaleza. De esta doctrina se ha derivado la moderna escuela realista, aspiracion levantada y ardiente del genio creador, raudal inagotable de belleza, germen fecundo de verdad y de filosofía, cuya colosal gravitacion nos lleva como á remolque, á través del tiempo y del espacio, por el túnel inmenso del progreso.

La escuela realista tiene su origen en ese grande deseo de adquirir verdades que alienta dentro del hombre con prodigioso fervor, y que, no contento con esprimir ideas en el templo augusto de la ciencia, se remonta tambien al dorado Olimpo del arte, y estasiado ante el supremo ideal de la belleza, se la apropia y asimila para lanzarla al mundo exterior revestida de mas puros y mas inmortales caracteres. En este concepto, la escuela realista es el pedestal mas sublime de lo bello, porque descansa sobre la base de la bondad y de la verdad, que son sus principales arboles.

Y no se crea que esta escuela es tan moderna que se pueda contar entre las infinitas conquistas del genio contemporáneo: su origen se remonta á la primera edad del arte, y allí donde este tiene su cuna, allí muestra ella su infancia, demasiado grosera si se quiere, acaso torpe, acaso infame, pero al fin susceptible de sobrenadar en la ola inmensa de los tiempos, y de llegar hasta nosotros en busca de otro aire vital, de otra forma, de otra perfeccion.

Y así ha sucedido.

Mientras los griegos se entretenían deliciosamente en representar sus tragedias, forma bárbara y primitiva de lo que hoy llamamos teatro, los genios de Sófocles y de Eurípides sentían la primera revelacion divina del arte, columbraban las maravillas del mundo ideal, y se apoderaban del regio coturno de Melpómene para calzar con él sus fantásticas, terribles é inmortales creaciones. Tal fue el origen de la escuela trágica. La escuela realista empieza en Aristófanes.

Como se ve, la forma de este engendro no pudo ser mas aviesa: sacaba á plaza las deformidades so-

ciales; se mofaba indistintamente de los vicios y de las virtudes; era una sátira procaz, indecente, tortuosa, asquerosa, y, con todo, envolvía una misión; corregir.

La civilización latina perfeccionó bastante el carácter de esta escuela. Ella inspiró tal vez á Terencio su comedia clásica tan viva, tan alegre, tan encantadora, y ella tal vez, andando los tiempos, inspiró á nuestro insigne Alarcón, á Rojas, á Tirso y á Lope, sus mas gigantescas creaciones.

Sea cualquiera el estado de progreso de esta escuela, que los Moratin y los Gorostiza han levantado á tan grande altura en la edad contemporánea, es lo cierto que á ella debe la escena sus triunfos mas halagüeños, que ha sido la manifestación de las almas doloridas en el noble palenque de la verdad, que ha sublimado el arte por la didáctica, y, por último, que le ha llevado á la esfera de lo conveniente, de lo racional, de lo posible, con universal contentamiento de las edades modernas.

Dos son las tendencias de esta escuela al presente: una desgarradora, permítasenos la frase, y otra consoladora. En ambas ha rayado á grande altura la perfección de sus cultivadores, si se exceptúan algunos dramaturgos del vecino imperio, que, desviándose de los buenos principios, han confundido el bello ideal con el estrago de las pasiones, acaso con el cinismo, con el vicio y con la impudencia. Entre estos pueden figurar con alguna justicia Feuillet y Victorien Sardou, *le petit gâté* del teatro, como allí se le llama. Nosotros, que somos partidarios de la tendencia consoladora de esta escuela, porque une al deleite honesto la enseñanza, porque en lugar de ser un medicamento amargo es una panacea de buen gusto, y porque en vez de producir la asfixia refresca á los corazones y alivia los dolores, no hemos de desperdiciar la ocasión que se nos viene á la mano de decir cuatro palabras de una obra representada con buen éxito en el coliseo del Príncipe la semana anterior, y cuyo título es *El amor de los amores*. Esta comedia ha sido escrita en francés por M. Dumañoir, y arreglada á la escena española por el Sr. Coll, poeta catalán, de quien no tenemos antecedentes.

Bajo dos puntos de vista diametralmente opuestos puede considerar la crítica la bondad de esta obra: uno de ellos es el asunto; otro el arreglo. De ambos á dos vamos á permitirnos un brevísimos exámen.

El asunto de esta comedia pertenece á la vida íntima, se mueve dentro del hogar doméstico, se acomoda á la naturaleza, y por su hermosa simplicidad atesora encantos infinitos, que despiertan en el alma benéficas y tranquilas emociones. Es un lindo boce-

to donde se pone en relieve el estado que presenta una casa sin hijos, *La maison sans enfans*, como se llama la obra en francés, título mas significativo, francamente hablando, que el que le ha puesto el traductor.

La acción de esta comedia, su desarrollo, sus contrastes, apenas ofrecen complicación, si bien el conjunto resulta mas vivo y agradable de lo que se pudiera esperar. Los caracteres son del mejor cómico posible. En resumen, la obra, como asunto, como idea, como pensamiento, es muy recomendable.

No podemos decir otro tanto de la traducción.

Esta es tan árida, tan descarnada, tan escueta, que bien se conoce cuán poco ha sido el trabajo del autor para reducirla al castellano, no por el desaliño de la frase, sino porque se ha traducido al pie de la letra, y esto, en nuestra humilde opinión, ofrece graves inconvenientes.

Ya sabemos que no falta quien censura la manía de algunos traductores que alimentan la necia pretensión de enmendar la plana á los autores; pero lo que se debe censurar es el abuso, es la pedantería, no esa reducción bien entendida, tan difícil y tan indispensable para acomodar una forma extraña á la índole, carácter y especial fisonomía de un idioma.

Esta consideración inspiró sin duda á Cervantes aquel célebre razonamiento sobre las traducciones, en que resumía diciendo que *estas eran como los tapices flamencos mirados al revés*, por lo cual recomendaba doctamente que nunca se hicieran sin los conocimientos necesarios.

En corroboración de esto mismo vamos á permitirnos transcribir un párrafo del prefacio de *Hamlet*, escrito por Moratin, que si bien se refiere á la reducción de la tragedia, puede servir de doctrina general para todas las reducciones.—Se espresa así:

“Baste decir que para traducirla bien (habla de *Hamlet*) no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteración que en él ha causado el espacio de dos siglos, sino identificarse con la índole poética de su autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caídas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y expresión que él quiso que tuvieran, y *hacer hablar en castizo español* á un extranjero, cuyo estilo unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso y redundante, no parece producción de una misma pluma...”

Basta y sobra con el párrafo inserto para demostrar hasta la evidencia que las traducciones, si han de responder á su verdadero objeto, no se han de hacer como por máquina, sino en virtud de los co-

nocimientos y de la experiencia indispensables para producir un trabajo digno de la consideracion del público. Lo demás es una insensatez de mal género, una mistificacion absurda, y tambien un mercantilismo vergonzoso, especie de albañilería literaria, desempeñada por eruditos á la violeta, sin meollo de razon y sin un adarme de talento.

La ejecucion de *El Amor de los amores* ha sido bastante esmerada por parte de todos los actores, siendo especialmente muy dignos de elogio el Sr. Catalina (D. Juan) y la Sra. Tenorio. Matilde Diez rayó como siempre á grande altura, y el Sr. Catalina (don Manuel) no dejó de tener felices momentos. Reciba la empresa nuestra cordial enhorabuena.

En el coliseo de Variedades ha tenido lugar el estreno de una comedia en tres actos y en verso, original del laborioso escritor Sr. Mozo de Rosales, y cuyo título es *Doble emboscada*.

Escribimos estas líneas bajo la impresion que nos acaba de producir la obra, la cual ha obtenido el mas lisonjero éxito.

Modesta en sus aspiraciones, bien meditada, escrita con gracia, ligereza y correccion, de agradable asunto, de bien trazados caracteres, salpicada de chistes de buena ley, esta comedia ha merecido de la galantería del público una acogida favorable, procurando á su autor uno de esos triunfos que no se asocian á los sufragios de la gárrula, á los aplausos en comandita y á las inconveniencias de las manifestaciones estemporáneas.

El Sr. Rosales debe estar muy complacido del éxito de su última produccion, digna por todos conceptos de los elogios sinceros de la crítica, y esto, lejos de envanecerle, debe servirle de estímulo para continuar en lo sucesivo por tan buena via, seguro de que en ella alcanzará gloria y provecho, y de que le acompañará siempre la estimacion y el aplauso de las personas sensatas. Á un autor que, como el señor Rosales, posee tan brillantes dotes literarias, un talento claro, una fe superior y una constancia admirables, se le debe considerar como una legítima esperanza del teatro moderno, y por lo mismo abrigamos el presentimiento de verle llegar á mayor altura, siempre que aspire constantemente á la mejora y perfeccion de sus facultades.

En cuanto á su última comedia, *Doble emboscada*, poco tenemos que decir: sencilla en la trama, pero viva en el diálogo, chispeante, siempre decorosa, y en algunos momentos delicada y encantadora, hizo las delicias de la concurrencia, produjo una emocion agradable, y se oyó con creciente placer. El público llamó al autor á mediados del acto segundo y final del tercero; pero tuvo la modestia de no presentar-

se, circunstancia que le da doble realce á nuestros ojos.

Los actores, á escepcion de Mario y de la señora Diaz, interpretaron su parte de una manera menos que mediana. Por fortuna Mario, en su carácter alegre, bullicioso, franco, sincero y justo, se produjo con grande inteligencia, con bella naturalidad, con una propiedad seductora. La reputacion de Mario crecerá en lo porvenir.

Recomendamos á nuestros lectores esta obra, persuadidos de que su conocimiento les proporcionará solaz y recreo.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Con razon se dice que la moda es caprichosa. Antes se llevaban con exageracion los volantes, que adornaban las faldas casi hasta la cintura; pues hoy están completamente olvidados. Las cintas figurando grecas, los lazos de pasamanería colocados de distancia en distancia en el bajo de la falda, algunas filas de terciopelo negro ó bandas de telas, sean escocesas, sean de un color mas subido, engalanadas por ambos lados con una puntilla de guipur, estas son las disposiciones que la moda permite llevar. Como todas estas mudanzas son muy costosas, algunas señoras de modesta fortuna han empleado los volantes plegándolos ó cortándolos, formando vieses y adornando con ellos sus trajes.

Hablemos de trajes de bailes, ahora que estamos en la estacion de los placeres ruidosos del invierno. Hé aquí dos trajes muy bellos:

El uno se compone de muchas faldas de tul blanco, con un flequillo de verdura cargado de gotas de agua. Este adorno se coloca en la estremidad de la falda, alrededor del cuerpo y en los cabellos. El otro es de gasa color de rosa. La primera falda está adornada de lazos imitando unas mariposas de blonda blanca. Sobre los hombros se repite el mismo adorno, y una larga cintura de blonda blanca va á enlazarse por detras. En los cabellos, una corona de rosas mezcladas de jazmin blanco con caidas sobre la espalda. Una mosca de oro se muestra en una de las rosas; algunas señoras elegantes colocan mariposas naturales disecadas; pero yo creo que estas escentricidades no convienen á las jóvenes sencillas y modestas.

Las que hallen estos dos trajes de mucho coste pueden hacer el primero en tarlatana y reemplazar el flequillo de verdura con un flequillo de seda, empleando en el segundo traje cintas en lugar de la blonda.

El fulard es una tela de mucho porvenir. En todas las estaciones y en todas las fiestas se emplea. En los trajes de *soirée* he visto muchos vestidos de fulard fondo blanco, dibujo Pompadour, y un gran número también de fulard *ponçts*, fondo blanco con rayas. De esta misma tela se hacen muy lindos trajes de casa. Se ha dado mucha solidez á los colores de este tejido, y no se manchan con el contacto del agua, segun antes acontecia con frecuencia. No hay nada como el buen éxito para mejorar las cosas.

Prescindiendo de estas nuevas disposiciones que ya he citado, se notan en algunos establecimientos una coleccion de tapabocas de fulard de lana escocés, y un fulard de batista de seda con flores Pompadour, del cual se hacen preciosas corbatas, que están muy de moda hoy día.

La felpa tiene decididamente conquistado su puesto para los sombreros de mañana. Los he visto en color rosa, azul Emperatriz, escocés y violeta, estando solamente adornados con un sencillo lazo sobre la copa. En cuanto á los sombreros de raso y de terciopelo, se guarnecen de encajes, plumas y flores. Los sombreros de noche se hacen en blonda blanca y en tul de seda.

Los vestidos para niñas son, por lo general, de popelina ó de tafetan. Citaremos algunos modelos:

Uno de tafetan escocés, falda lisa, cuerpo de terciopelo negro, descotado, guarnecido en lo alto por una franja de felpilla del color del vestido. Camiseta de muselina, bordada en el interior.

Otro es de popelina color cuero, cuerpo alto figurando chaleco, adornado de una greca bordada en seda negra que se repite en el bajo de la falda y en las mangas, que son de codo. Una larga cintura de tafetan negro se anuda por delante, dejando caer sus dos puntas, guarnecida de un flequillo.

Un tercer traje tiene la falda de cachemira blanca. Tres bandas de felpa azul de China van colocadas en el bajo cuerpo postillon de felpa azul, adornados los contornos por una banda de cisne. Cintura Médicis, formada por tres filas de bellotitas de seda azul, completan el traje.

Hé aquí dos trajes para niños.

Pantalon de terciopelo negro sujeto á la mitad de la pierna por una polaina de cuero. Blusa de terciopelo negro con el cuello derecho y las mangas anchas, sujetas en su estremidad por un puño. Corbata encarnada y sombrero de terciopelo negro con plumas encarnadas.

Para un niño de cuatro ó seis años es encantador una falda de popelina de un solo color con bandas de felpa ó escocesa, y una *veste* de terciopelo con aldetas cortadas, que se adornan en el mismo género

que la falda, bien sean con bandas de felpa, escocesa, ó con vieses de tafetan pespunteados.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Números 1 y 2. Juego de cuello y puños á lo marinero, bordado á punto ruso con algodón negro, y las hojas á plumetis, con blanco.

Núm. 3. Escudo con iniciales para punta de pañuelo.

Núm. 4. Dibujo de *soutache*, mezclado con terciopelo negro, para adorno de trajes.

Núm. 5. Punta de corbata para señora: se bordará este dibujo á plumetis con seda de color, sobre tafetan negro.

Núm. 6. Escudo para pañuelo.

Núm. 7. Otro escudo para punta de pañuelo.

Núm. 8. Dibujo de *soutache* con aplicacion de cinta para confecciones.

Núm. 9. Entredos, imitacion de guipur, para ropa blanca.

Núm. 10. Letras ricas para pañuelos, bordadas á plumetis con algodón blanco.

Núm. 11. M. B., grandes letras para sábanas de lujo: bórdanse á plumetis con algodón de color.

Núm. 12. Tira para ropa blanca, bordado inglés y feston.

Números 13 y 14. Juego de cuello y puños bordado sobre batista, á punto ruso y plumetis, con algodón negro.

Núm. 15. Dibujo para cubierta de acerico, bordado de aplicacion sobre tul de Bruselas. En el centro lleva las iniciales A. S., pedidas por un suscriptor.

Núm. 16. Esquina de pañuelo para niña, bordado á plumetis, con puntilla al borde, ó simplemente un jareton.

Núm. 17. Dibujo de *soutache* para confecciones.

Números 18, 19 y 20. Escudos ricos para punta de pañuelos.

Núm. 21. Esquina de pañuelo bordado sobre batista, con entredos de Valenciennes, formando dientes. Las hojas se bordarán á plumetis.

SEGUNDO LADO.

Representa un patron para vestido de señora; es uno de los últimos modelos y el mas admitido, particularmente para señoras gruesas, por su bonita forma y por lo bien que sienta. Las letras indican la union de las piezas, no siendo necesaria otra explicacion.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dabruñ, calle del Pez, núm. 6, principal.